

Instituciones estatales en Toledo durante la II República Española

Juan José Fernández Delgado

Correspondiente

Dos son las instituciones estatales académicas laicas que sobresalen en el proceso educativo en Toledo desde mediados del siglo XIX hasta el inicio de la guerra civil (1936-1939): La Escuela Normal del Magisterio y el Instituto de Enseñanza Media, y a ellas me referiré de inmediato y con brevedad.

A este respecto, resulta evidente con la perspectiva que nos ofrecen los tiempos, el enorme significado cultural y social de estas instituciones en las capitales de provincia en que estaban asentadas desde su creación a mediados del siglo XIX y, máxime, en el periodo que nos ocupa al estar amparadas y potenciadas por la filosofía educativa y pedagógica del gobierno de España, en este caso la II República. No cabe duda tampoco de que los profesionales de ambas instituciones habrán de ser referentes inexcusables de la vida cultural, y en muchos casos política, de la ciudad en que ejercen y, aun, de toda España, pues es fácilmente reconocible que su labor pedagógica no concluía al finalizar la jornada docente; antes al contrario, organizaban actos culturales, daban conferencias, participaban en muchos casos en la vida política de la ciudad en que vivían o trabajaban, escribían artículos, bien de creación literaria, bien ensayos relacionados con las asignaturas que impartían y, luego, publicaban en periódicos locales o nacionales, en revistas de carácter divulgativo o especializadas; bastantes daban libros a la estampa de la imprenta. Algunos eran académicos, bien numerarios, bien correspondientes; otros ocupaban puestos políticos, como Julián Besteiro, profesor del Instituto y también de la Escuela Normal, donde conoció a Dolores Cebrián, catedrática de Física y Química, con la que se casaría poco después. Estaba interesado también en la creación de una Biblioteca Municipal Popular; Ballesteros Gonzalvo, profesor del Instituto que fue alcalde de Toledo, lo mismo que D. Andrés Marín, que también fue defensor del Alcázar, y D. Gonzalo Payo Zubía, Presidente de la Diputación Provincial y Presidente de

la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha; también, Luis Bello, Marcelino Domingo, Rodolfo Llopis, Carmen Burgos, y Luis de Hoyos Sáiz, la familia toledana “San Román”, Matías Moreno, don Clemente Palencia, cronista de Toledo y académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, don Máximo Martín Aguado, Jiménez de Gregorio, académicos también y este último, Cronista Oficial de la Provincia de Toledo, etc., son ejemplos que evidencian lo que digo. Además, estos centros cedían sus instalaciones para actividades culturales, exposiciones y conferencias, con lo cual su contacto con la ciudadanía era frecuente.

La Escuela Normal del Magisterio masculina de Toledo en 1849 ya existía, pero desempeña su función de manera continuada desde el curso académico 1868-1869, en que por Ley del 14 de octubre de 1868 se las repone en las capitales de provincia. En esta primera fecha, la de 1849, las 52 Escuelas existentes se dividían en Superiores, ubicadas en capitales con universidad, cuyo director era el rector universitario, y Elementales, cuyos directores eran los de los respectivos Institutos de Enseñanza Media. En 1864 existían en toda España 20 Escuelas del Magisterio de maestras, pero la Escuela femenina de Toledo hubo de esperar unos años, pues sólo por R.O. del 14 de marzo de 1877 se autoriza su creación. En aquellos años era director don Cayetano Martín y Oñate. En cuanto a su ubicación, se hace constar que ha sido itinerante: su primera sede fue la Diputación, órgano administrativo del que dependía económicamente hasta 1877, fecha ésta en que se instala ahí la recién creada Escuela Normal Femenina. En la década de 1910 se ubicaba en la plaza de Abdón de Paz. En 1928 se inician las obras de la futura sede de la Escuela Normal de Maestras, frente al Paseo Merchán. Era su directora doña Elvira Méndez de la Torre, y en 1959 se inauguran los pabellones de la carretera de Ávila, donde ha permanecido hasta el 2002, fecha en que se traslada al Campus Universitario, en la antigua Fábrica de Armas.

Dos grandes impulsos renovadores han conocido las Escuelas del Magisterio en el primer tercio del siglo XX: el “Plan *Bergamín*”, de 1914, que otorgó una estabilización en el desarrollo de las Escuelas del Magisterio, unificó las titulaciones de los Maestros, encajó definitivamente en las Escuelas la función del Magisterio y, supuso también, el reconocimiento de estos centros como necesarios en la estructura de la enseñanza. Pero el enorme impulso, el que en realidad interesa resaltar ahora, tiene lugar en 1931, motivado por los cambios políticos del momento y por la llegada al Ministerio de Instrucción Pública de hombres vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, pues supondrá un cambio espectacular en la formación del Magisterio y le proporcionará una dimensión predominantemente profesional. Es el “Plan Profesional”, cuya gestación y desarrollo tuvo lugar en la Escuela

Normal de Toledo en el verano de 1931 y del que fue Félix Urabayen uno de sus máximos exponentes. Supuso, entre otras cosas, la unificación de las dos Escuelas –la masculina y la femenina–, en una sola Normal mixta, y este mismo año Urabayen será elegido director de la Normal de Toledo, ya unificada. Y esto y “otras cosillas” de las que ahora no es oportuno hablar le traerían consecuencias no gratas.

Hablaré, sin embargo, y con brevedad de Urabayen, de su labor docente y, a través de su relación con profesores del Instituto, de este Centro escolar que tanta historia toledana atesora. Con los precedentes “institucionalistas” y sus relaciones con personalidades de la educación, y con Osorio y Gallarde, Domingo Barnés, el mismo Bartolomé Cossío, etc., y, también, con algunos de sus compañeros de claustro de la Escuela Superior del Magisterio, concibió su profesión como una actividad de entrega total a sus alumnos, y las aulas, más que lugar en que se deba hacer ostentación de cúmulo de conocimientos, como lugar en el que no importa tanto la cantidad de sabiduría derramada, cuanto que esa dosis fuera recibida por la capacidad intelectual del alumno. El desarrollo de este método sencillo, ceñido exclusivamente a la preparación del futuro maestro, llevó a Urabayen a interesarse por la procedencia de sus alumnos, rural en la mayor parte de los casos. Y para conocerlos en su propio *hábitat*, realizó numerosas excursiones por todos los pueblos de la provincia de Toledo, y por su Navarra natal, que se tradujeron en “estampas literarias” que publicaba en las páginas de *El Sol* desde 1925 hasta los días inmediatos al inicio de la guerra civil. Y no cabe duda de que estas “estampas”, amén del interés literario y de la fama que le proporcionaron, representan con fidelidad su preocupación docente: aproximarse al alumno y facilitarle el camino para que, a su vez, se acercara al profesor. Y en esta aproximación, comprendió Urabayen que la meta de estos estudiantes de Magisterio no era la Universidad, sino la España rural, de la que procedían: la España de la incultura, del hambre y de la miseria. Ellos, a su vez, descubrieron que Urabayen no era mejor ni peor profesor que sus compañeros de claustro, sino distinto, ya que les preparaba para trabajar en un medio determinado: su propio medio rural, con una forma peculiar de decir: sin ostentación, y una fórmula que consistía en combinar las clases prácticas con la teoría. Las clases prácticas, además de lo puramente específico, consistían en pruebas de observación personal: acostumbraba a mandarles visitar monumentos artísticos con la intención de despertar su curiosidad y de que se ejercitasen en el arte de la redacción. Si era un viernes cuando les proponía indagar sobre alguna iglesia o mezquita toledana, antes de marcharse, les amenazaba con: “¡Cuidadito con fusilarme las guías turísticas”.

Pero no se limitó Urabayen a explicar sus asignaturas, aunque fuera con este método tan simple como sencillo, sino que con múltiples y variadas

y amenas digresiones procuraba la preparación más completa de sus alumnos: “Nos abrió un mundo no limitado al recinto amurallado de la ciudad, física y espiritualmente, y despertó en nosotros una serie de inquietudes en todos los órdenes de la vida. Era un auténtico maestro y (...) además un liberal”, como asegura Javier Malagón Barceló en su artículo *Félix Urabayen, un escritor olvidado*, en *La Voz del Tajo*, 22 de enero de 1983. Y también Martín Forero, de Talavera de la Reina, y el Sr. Azaña, de San Pablo de los Montes, alumnos que fueron de Urabayen con los que he hablado en varias ocasiones.

Contribuyó también a la escolarización de Toledo, a través de críticas constantes contra gobernantes y eclesiásticos por el abandono de las gentes del extrarradio porque, y es otra de sus constantes, se preocupó de extender la cultura por las barriadas toledanas, y, también, de la España rural. En esta tarea no sólo se esforzó literariamente; también buscó apoyo en sus amistades. Para ello, unas veces denuncia, otras comenta y las más lo demostraba con su propio ejemplo. A este respecto, valga este caso, anecdótico, pero significativo: no sólo enseñó a leer a su peluquero, Julián López de la Iglesia, sino que le orientó para ser un buen maestro. Y dentro de esta línea de formación del futuro maestro, destaca su contribución en la elaboración y redacción del Plan Profesional, redactado en su totalidad en la Escuela Normal de Toledo durante el verano de 1931, junto con Rodolfo Llopis, director general de las Escuelas del Magisterio durante 1930 y 1931 y los auspicios de Marcelino Domingo, Ministro de Instrucción Pública en la ocasión. (Este Plan, aprobado por Decreto el 29 de septiembre de 1931, supuso, entre otras cosas, la unificación de los dos sexos en una sola Escuela Normal mixta, y convertía estas Escuelas en Centros específicos de formación profesional del Magisterio primario. La duración de la carrera se establecía en tres años, y para acceder a ella el alumno debía de estar en posesión del título de bachillerato y superar un examen-oposición a un número limitado de plazas).

En sus clases no se olvidaba del humor, que plasmaba en ocurrencias prontas e ingeniosas y chispas irónicas y picantes, como me decían las hermanas Pons, alumnas que fueron de Urabayen en Pedreguer, durante la guerra. Para ilustrarlo, comentaron que un día en que exponía el argumento de una novela y resaltaba el carácter *bondadoso y generoso* de la hermosa protagonista, puesto que entregaba su cuerpo a todo el que se lo pedía, añadió el profesor: “menos mal que no se encontró nunca con un regimiento de soldados, porque como se lo pidieran todos...”

... Y en Toledo siguió Urabayen ejerciendo su profesión en la Escuela Normal y, “Según Orden del E. S. Ministro, de fecha del 23 de mayo de 1931, se le nombra Director de este Centro, tomando posesión de su cargo el 29 del mismo mes”. Y “Por Orden Ministerial de 29 de diciembre de

1931, se le nombra Director de la Escuela Normal del Magisterio primario de esta capital, tomando posesión de su cargo con fecha del 30 del mismo mes y año”. Este último cargo se debe a que con la fecha del nombramiento se unifican en Toledo las dos Escuelas, la masculina y la de maestras.

Otro alto cargo se disponía a desempeñar Urabayen, pues el Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión publicó un decreto (*Gaceta de Madrid*, 22 de marzo de 1936) por el que se le nombra Consejero de Cultura, cargo que sólo ostentó hasta los primeros días de la guerra.

Por tanto, su ideología y su proceder académico se corresponden con los de un hombre de izquierdas, progresista y liberal, y comprometido en conciencia con la reforma educativa y social de la España que le tocó vivir. Y esta postura es comprensible en un hombre que nunca antepuso a su propio código moral prejuicios ideológicos e imposiciones políticas. Urabayen, en efecto, desdeña la política como profesión y, en la práctica, se centró en la actividad educativa, a través de la cual pretendió contribuir en la regeneración del país, pues no en vano heredó de Giner de los Ríos —al que consideraba “un Cristo universitario” y a “Cristo un Giner de los tiempos romanos”—, sus preceptos ideológicos. De Giner recogió Urabayen su tesis principal: la reforma y el mejoramiento del país mediante la educación del individuo, y a este fin dedicó su actividad docente.

En fin; valga por todo lo dicho referente a su espíritu regeneracionista y a su afán educador esta cita del Prólogo de *Don Amor volvió a Toledo*:

“Tres debieran ser las virtudes en que Toledo hallaría su salvación, y de las tres carece casi en absoluto: escuelas, ríos y árboles. Las primeras siguen en manos de frailes y monjas; los ríos tienen la estúpida libertad del Tajo holgazán y vocero, sin otra misión durante su dilatada andadura que desbordarse estérilmente o engendrar el paludismo. Y los árboles ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de tantos robles y encinas como decoraban en el siglo XVI los húmedos aledaños de San Martín a Bisagra?”

Y recorriendo la ciudad, asistiendo a actos culturales y tertulias y en el claustro, conocerá a colegas, personalidades y otros profesores con los que entablará una correspondida amistad. Como compañero de claustro conoció a Francisco Machado, hermano de Antonio y de Manuel, a D. Guillermo Téllez, catedrático de Pedagogía en la Escuela y también profesor el Instituto y académico numerario que, por su gran interés por la historia y el arte de la ciudad, una de sus calles lleva su nombre. Y entre los compañeros de claustro se encontró con Mercedes Priede, catedrática de física y química e hija del dueño del Hotel Castilla, con la que se casaría en la iglesia de San Nicolás un día, 14 de mayo de 1914, en que la joven y guapísima profesora

dijo en casa que se iba a San Nicolás a oír misa, y tendría una hija, María Rosa Urabayen. Y mientras llegó ese día de mediados de mayo y desde finales de 1911, fecha en que se presentó en Toledo por primera vez, conoció a profesores del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Toledo: a Sancho de Adellac, catedrático de Agricultura en una humilde pensión de la calle de San Ginés: con este profesor le unieron lazos de estrecha amistad: durante dos años compartieron pensión en Toledo, los dos eran foráneos profesores que fueron ganados por la ciudad de Tajo; los dos se enamoraron de sendas toledanitas con las que se casaron, juntos recorrieron los pueblos y campos toledanos y, también, navarros; iban muchas veces a tertulias a Madrid y participaron en actos y actividades en Toledo. Según testimonios de Mercedes Priede, Sancho de Adellac se corresponde con el protagonista de *Toledo: Piedad*, y don Ventura Reyes Prosper, director que fue del Instituto, con quien compartía gustos periodísticos y aficiones literarias y artísticas y primer “cicerone” del escritor en Toledo, se corresponde con el *Palas Atenea*, también, de *Toledo: Piedad*. Conoció también a don Emiliano Castaños, con quien le unía su amor por la naturaleza y sus aficiones a la pintura y a varios miembros de la amplia y renombrada familia toledana “San Román”, y a Enrique Vera. Con el doctor Ramón Delgado, Ángel Vegue Goldoni, Julio Pascual, Paco San Román, Ventura Comendador, formó el grupo conocido como “los del Entierro del Conde de Orgaz”. Todos se decidieron a estudiar al pintor; y ellos y otros intelectuales venidos de Madrid: Maura, Cossío, Zuloaga, Azorín, Vegue Goldoni y numerosos ateneístas, al conocer la muerte del gran estudioso del pintor, Mauricio Barrés, se reúnen para rendirle un homenaje en la ciudad que tanto admiró; y con Pérez de Ayala, Marañón y los amigos y profesores toledanos, para colocar la placa en la fachada de la casa de la calle de Santa Isabel en que escribió Galdós su *Ángel Guerra*. También se acercaba el grupo toledano hasta Bargas el día de su afamada procesión para ver a la más hermosa de todas las molineras...

Pues bien; estos Centros de Enseñanza Media se crearon en 1845 y, desde entonces, han desempeñado una encomiable labor educativa y ciudadana en las respectivas ciudades en que estaban ubicados, como decía al principio. El Instituto Provincial de Enseñanza Media de Toledo, ubicado desde sus inicios en el Palacio Lorenzana hasta hace unos años en que con toda su carga histórica, llena de prestigio, y documental, ésta bastante mermada, se trasladó al Paseo de San Eugenio con el nombre de Blas Piñar, ha sido, prácticamente, el único referente cultural de Toledo y aun de la provincia hasta bien cumplida la mitad del siglo XX, pues hasta aquí, a esta misma sala acudió desde su pueblo jareño quien tiene ahora mismo la palabra para examinarse de ingreso de bachillerato, después de haber llegado en la

“Campillana” a las 9,15 horas de la mañana a Talavera y en el “Galiano” a Toledo. Total: 133 polvorientos y desdentados kilómetros. Haría noche en una pensión de El Pozo Amargo y sería examinado por varios profesores que antes cité, sentados en torno a una gran mesa rectangular como lo estamos ahora nosotros. Entonces, se escuchaban por las calles de Toledo aquellas rumbosas canciones que repetían “Si quieres tomar tequila/ prepara sal y limón” y “Marina, Marina, Marina/ contigo me quiero casar”.

Muchos de sus profesores han sido casi el único faro y guía en la noche oscura del analfabetismo que reinaba en España, sobre todo en la España rural. Ya he mencionado a algunos del periodo que nos ocupa y a otros que han prolongado sus tareas hasta mis tiempos de bachillerato: aquellos que me examinaron de ingreso: D. José Domínguez, D. Clemente Palencia y, también, D. Emiliano Castaño, el mayor de edad entre los citados. Claro está, que estos profesores daban clases en varios centros para llegar a fin de mes con sus respectivos sueldos, al puerto al que deberían llegar con solo uno. Así, con todos ellos me encontré en San Servando. Y permitidme otra alusión estudiantil personal por lo que significa de alabanza para D. Emiliano Castaño y por recoger el espíritu de entrega a su labor docente y a los alumnos y, también, por lo que supone de prolongación de un aroma afectivo y profesional que se inicia en la Institución Libre de Enseñanza. Sus clases servían de descanso y libertad para los alumnos, remansadas y apacibles por su amor a su profesión, por su bondad y por su voz octogenaria. Cada día de clase, previo sorteo, salía un alumno a “decir la lección”, y D. Emiliano se daba por satisfecho al ver nuestro interés, pues siempre contaba con voluntarios... Con la primavera alta, le pedíamos que nos sacara a los campos de la Academia de Infantería para hacer prácticas las clases. Y por complacernos y por hacer más dinámica su labor docente, lo aceptaba de buen grado. Y ya en campo abierto, cualquiera se ofrecía a llevarle la gran cartera de cuero en la que guardaba el cuaderno de notas de todos sus alumnos y un gran bote y un frasco más pequeño con bicarbonato para el estómago; y él lo consideraba como acto de consideración por nuestra parte. “No, si puedo. Muchas gracias”. “Por favor, D. Emiliano, déjemela”, suplicaba el supuestamente considerado alumno. “Que se va a cansar o, quién sabe, si no caer”, añadiría el bergante de turno. Y D. Emiliano cedía con los ojos humedecidos de agradecimiento. Y una vez que la cartera se deslizaba entre las manos estudiantiles, las notas bailaban de guarismo detrás de unos peñascos o de meledas retamas. Para su contento, le mostrábamos numerosos trozos de piedras corrientes y vulgares, y él insistía en que si no las distinguíamos por el tacto ni por el color ni, aun, por su dureza, debíamos acudir al sabor. Un día, un compañero le dio un caramelo de menta...

Muchos de estos profesores –de las Escuelas Normales y de los maes-

tros por ellas formados y de los profesores del Instituto—, han sido, casi exclusivamente, el único faro que alumbraba en la noche oscura del analfabetismo de nuestra querida España hambrienta, miserable y falta de cualquier brillo. Hasta la llegada de la guerra civil, en estos Centros urbanos y en muchas escuelas rurales se respiraba un aroma que emanaba de la Institución Libre de Enseñanza, impulsado y mantenido por su benemérita y nunca suficientemente alabada descendencia: La Junta para la Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes y el Instituto-Escuela creado en 1919, y prolongada, como he señalado, por muchos de ellos hasta nuestra infancia y primera juventud estudiantil...

Por último, quiero terminar mencionando otra entidad de gran arraigo en Toledo: la Escuela de Artes y Oficios, ampliada en 1925 sobre los solares del antiguo convento de Santa Ana, en cuyo quehacer destacaron profesores del Instituto: Matías Moreno y Vicente Cuntada y Enrique Vera, como profesores de dibujo; Sebastián Aguado, ceramista, Julio Pascual, famoso forjador y Aureliano Cabrera, nombrado en 1914 Comisario en Toledo de Excavaciones Arqueológicas. Y don Máximo Martín Aguado. Y dentro de este panorama cultural, se ha de señalar también el papel desempeñado por la Casa del Pueblo, situada en la calle Núñez de Arce, empeñada en su lucha contra el analfabetismo, pues a esta tarea se entregaban de modo altruista, varios profesores del Instituto.

Por tanto, durante la II República, y aún después, los viejos profesores emanaban un aire prodigioso que prolongaba ecos y aromas de la Institución Libre de Enseñanza a través de sus venerables descendientes, brisilla que aún llegamos a otear en la infancia y primera juventud, como dije antes.